

UN GRAN DIA.

*
**

La familia de G*** pasaba una temporada de campo á pocas millas de Florencia, cuando el ejército italiano se preparaba para ir á Roma. La empresa no se veía con buenos ojos. El padre, la madre, los dos hijos mayores, católicos ardientes y patriotas tranquilos, querían *los medios morales*.

—Nosotros—decía la señora á los amigos—no entendemos de política, yo ménos que nadie; y si debiese decir á Vds. claramente por qué pienso como pienso, me encontraría perpleja. Pero, ¿quieren Vds? Yo tengo un presentimiento en el corazon, una voz interior, un temblor, alguna cosa que me dice:—A Roma no se ha de ir de este modo, no se debe ir, no se puede ir.—Yo me acuerdo del año 1848, me acuerdo del 1859, recuerdo el 1860; pues bien, en aquellos dias no tuve nunca miedo, no sentí jamás en el corazon esta ansiedad que me ahoga, pensaba siempre que

aquello debía concluir bien.... Pero esta vez, señores míos, no veo claro, francamente, veo tinieblas en el aire, y muchas. ¡Se ríen Vds?... Pues plegue al cielo que un dia ú otro no haya que llorar. Para mí ese dia no está muy lejos.

El único que no pensaba así en toda la familia era el hijo menor, jóven de veinte años, que precisamente en aquellos dias volvía á leer la Historia romana, y hervía su sangre en sus venas, lleno de entusiasmo.

Por esta razon, pronunciar el nombre de Roma en la casa, era armar una batalla, y ya habían librado una tremenda, despues de la cual, habían convenido no tocar más aquel asunto.

Cierta noche, en los primeros dias de Setiembre, recibieron un periódico *oficioso*, en el que se daba por seguro que los soldados italianos habían pasado la frontera de los Estados Pontificios. El jóven se estremeció de alegría. El padre leyó el artículo, permaneció algo pensativo, y despues, sacudiendo la cabeza, murmuró:

—¡No!—y luego de nuevo:—¡No!—y por tercera vez:—¡No, no, no!

—¡Pero dispensa, padre!—exclamó el hijo inflamándose...

—¡No empecemos de nuevo!—interrumpe amorosamente la madre.

Y aquella noche no se habló más. Pero el disgusto sério ocurrió á la siguiente, poco antes de

ir á acostarse, cuando el jóven, con una cara franca, sin preámbulos, como se hace la cosa más natural del mundo, manifestó el propósito de ir á Roma con el ejército.

Un grito general de sorpresa y de indignacion acogió las palabras del rapáz, y despues una tempestad de vituperios y de amenazas.—Que no era cosa que se podía desear ver honestamente, que ya le tocaba á cada uno como italiano, demasiada parte de culpa, sin necesidad de añadir la responsabilidad de testigo ocular, y que por aquí, y que por allí, y que por último, todo se podía conceder y perdonar á un jóven bien nacido, menos la manía (fueron palabras de la madre) de ir á ver *bombardear á un pobre viejo*. ¡Bella guerra! ¡Buena gloria en verdad!

Cuando concluyeron, el jóven apretó los dientes, hizo pedazos un periódico, se levantó con ímpetu, cogió una luz y fué á encerrarse en su cuarto, pataleando, como hacen los actores italianos cuando representan el papel de rey furibundo.

Más pasada media hora, poquito á poco, en la punta de los piés, volvió al comedor. No estaban más que el padre y la madre, silenciosos y melancólicos. Él pidió perdon al padre, que se dejó estrechar la mano murmurando, y despues volvió hácia su cuarto. La madre lo acompañó.

—Conque, nunca más esta idea, ¿no es cierto?—le dijo amorosamente, poniéndole las ma-

nos sobre los hombros, y mirándole cara á cara.

El hijo le respondió con un beso.

Y al día siguiente, pasaba el confin de los Estados Pontificios.

*
* * *

En la casa, apenas notaron su falta, hubo lágrimas, furoros, invectivas, resoluciones de no quererlo ver más, de no levantarse siquiera cuando volviese, de dejar pasar un mes sin dirigirle la palabra, de disminuir el capítulo de los honestos placeres domésticos, y otras cien cosas.

Por parte de la madre, palabras; mas por la del padre, propósitos serios. No era hombre que transigía fácilmente: era bueno, pero duro, y algunas veces, en su cólera, tremendo: el hijo lo sabía, y le temía. ¿Cómo, pues, había podido resolverse á jugarle una pasada tan grande? No podía explicarse. La noticia del 20 de Setiembre (la entrada del ejército nacional en Roma) sirvió para encolerizar mucho más al padre y á la madre.

—Nos oirá,—decían apretando los dientes— tiene que venir.

La palabra, el gesto, la actitud que iban á te-

ner, todo estaba pensado y preparado: debía ser una solemne lección.

*
* * *

La mañana del 22, estaban todos en el comedor, leyendo, cuando oyeron un gran golpe en la puerta, y enseguida vieron al hijo, encarnado, jadeante, quemado del sol, derecho é inmóvil en el dintel de la puerta.

Ninguno se movió.

—¡Cómo!—exclamó el jóven cruzando los brazos con aire de gran asombro.—¿No saben ustedes la novedad?

Ninguno respondió.

—¿No les han dicho á Vds. nada? ¿No ha venido nadie de Florencia? ¿Ignoran todavía lo sucedido?

Ninguno respiró.

—La toma de Roma...?—se arriesgó á decir de allí á poco, uno de los muchachos, despues de haber consultado al padre con una ojeada—la sabemos.

—¡Cómo! ¿nada más?

—...Nada más.

—Pero, ¡qué toma de Roma!—prorumpen el joven con un grito que hizo temblar á todos.—¡Qué toma de Roma! ¡Les traigo, pues, la noticia!

Todos se levantaron y lo rodearon.

—Pero, ¿cómo es posible?—continuó él gritando y agitando las manos.—¿Cómo es posible que no sepan nada? ¿No se ha extendido la voz por el campo? ¿No se han reunido los aldeanos? ¿Qué hace el Municipio? ¡Oh, es verdaderamente inconcebible esto! Escuchad, pues; sentaos todos á mi alrededor y os lo contaré todo: me late el corazón, que apenas puedo hablar...

—Pero, ¿qué ha pasado?

—¡Nada! No os digo nada. Quiero contar la cosa con todos sus pormenores, *ce por be*; me quiero desahogar, quiero que sepais el hecho poco á poco, como yo lo he visto.

—Pero qué, ¿se trata de los festejos de los romanos?

—¿Del plebiscito?

—¿De la llegada del Rey?

—¡No, no! ¡Es otra cosa!

—¡Pues habla!

—¡Pues sentáos!

—¡Oh! ¿cómo no se ha sabido nada aquí?

—¿Pero cómo quieren Vds. que yo lo sepa? Lo que yo sé es que traigo el primero esta noticia, y es el placer más grande que he experimentado en mi vida... He llegado esta mañana á Florencia;

se sabía todo; he partido enseguida:—¡Quién sabe!—pensaba—quizá la nueva no habrá llegado á casa todavía...—¡casi me falta aliento!

—Dílo, pues, todo al momento—exclamaron la madre y los muchachos, sentándose alrededor de él.

El padre había permanecido separado.

—¡Verás, mamá!—empezó el joven.—Es cosa de volverse loco. Venid más acá, así. De la mañana del 21, no sabeis nada, ¿no es verdad? Entraron los otros regimientos: gentío, gritos, música, como el primer día, hasta las doce. A las doce, como por acuerdo tácito, el estrépito cesó, primero en el Corso, despues en las otras grandes calles, y poco á poco, por todas partes. Las compañías de ciudadanos se paraban, formaban grupos, y hablaban bajo; luego se desparramaban en todas direcciones, saludándose los unos á los otros, con el ademan de quien debe volverse á ver poco despues. Parecía que había corrido la voz de prepararse alguna cosa grande. La gente, encontrándose, se hablaba con presteza, y echaba cada cual luego por su camino. De una punta á otra del Corso, era un afanarse general; quien entraba en las casas, quien salía, quien llamaba desde la calle, quien respondía desde las ventanas; los soldados corrían de aquí para allá, como si hubiesen oído llamada y tropa; pasaban oficiales con los caballos al trote; pasaban hombres y niños con ha-

ces de banderas sobre la espalda y debajo del brazo; todos de prisa y afanados, como si fueran perseguidos. Yo que no sabía nada y no conocía á nadie, miraba á la cara, ora á uno, ora á otro, por ver si adivinaba alguna cosa. Todos parecían alegres, pero no demostraban ya la alegría viva y desenfrenada del principio; dejaban traslucir un pensamiento, una duda, casi una ansiedad, se comprendía que era gente que maquinaba algo. Entraba en una calle secundaria, pasaba otra, me paraba en dos ó tres encrucijadas: en todas partes el mismo espectáculo; mucha gente, mucho movimiento, mucha prisa y un no sé qué en el modo de hablar y en el gesto, que había notado ya en el Corso, como si toda aquella confusión se quisiera hacer á escondidas de alguien, aunque fuese visible para todos. Pasaban grupos, banderas, centenares de hombres y mujeres reunidos, y no se oía un grito: iban todos al mismo sitio, como á un lugar convenido...

—¿Adónde?—preguntaron el padre y la madre á la vez.

—Esperad. Volví hácia el Corso. Cuanto más adelante iba, oía crecer sordo y continuo rumor, como de inmenso gentío. Llegué al Corso estaba lleno de gente, todos parados y vueltos hácia el Capitolio, como si esperasen alguna cosa. De la plaza del Pueblo á la plaza de Venecia, era tal la muchedumbre que no podían moverse. Se cuchi-

cheaba aquí y allí:—Ea, ya vienen.—Vienen de allá abajo.—¿Quién viene de allá abajo?—La columna principal.—Viene la columna principal.—Aquí está.—No.—Sí.—En un momento la multitud se agitó con gran ímpetu, y se gritó por todas partes:—Aquí están.—Y en ménos que se dice, la calle quedó desocupada en el centro, como para dejar paso á una procesion. Todas las cabezas se descubrieron. Yo que había permanecido detrás, me hice plaza á fuerza de codazos, y miré.—Me parece sentir el estremecimiento que corrió de mi cabeza á los piés en aquel momento. Venían delante generales de gran uniforme, señores con traje negro y bandas tricolores: entre los señores y los generales, muchachos, mujeres y hombres andrajosos y descamisados; detrás operarios, aldeanos, mujeres con niños en brazos, soldados de todas las armas, elegantes señoras, estudiantes, familias enteras, apretados en pequeños grupos, cogidos de las manos, para no perderse; todos sofocados, apiñados de manera que apenas podían caminar; y sin embargo, no se oía más que un murmullo monótono semejante al zumbido: silencio en las dos partes de la calle, silencio en las ventanas: era un espectáculo solemne; producía entre maravilla y espanto; yo estaba estático.

—¿Pero adónde iban?—preguntaron con mayor insistencia madre é hijas.

—¡Dejadme concluir!—Me introduje en medio. Y conmigo, se introdujeron allí poco á poco todos aquellos que estaban adosados á la pared á derecha é izquierda. ¡Figuraos qué apreturas! La multitud parecía propiamente un torrente, ocupaba todo el espacio: y ondeando arrojaba gente, como olas, en las tiendas, en los portales, en todas partes donde había un poco de sitio. A medida que se andaba, otras turbas de pueblo desembocaban en el Corso, de las calles laterales apiñadas también ellas de una punta á otra: y la procesion continuaba descendiendo al Capitolio y corría la voz de que en el Campo Vaccino había aún millares de personas. Mucha gente llegaba de la plaza de España, gente de la calle del Babuino, gente de la plaza del Pueblo. Tenían todos alguna cosa en la mano; quien guirnaldas de flores, quien ramos de oliva y de laurel, quien banderas, quien trapos atados á la punta de los bastones: alguno llevaba hasta estampas de imágenes sagradas estiradas con ambas manos sobre la cabeza, inscripciones, emblemas, retratos del Papa, del Rey, de los Príncipes, de Garibaldi, una variedad, una mescolanza, una confusion de personas y cosas, como creo que no se ha visto jamás bajo el sol; y siempre por todas partes aquel murmullo ténue, aquel ardor lento, aquella serenidad, aquella dignidad tan extraña y maravillosa en tanta multitud, que me parecía soñar.

Toda la familia apretó el círculo alrededor del jóven sin decir palabra.

—...En cierto sitio advierto que la muchedumbre había vuelto á la izquierda: y todo el mundo detrás. Muy despacio, con mucha fatiga, pisoteados, oprimidos, tropezando en todas partes, sin poder mover los brazos, respirando apenas, llegamos de calle en calle, á la plazuela delante del puente del Santo Angel. El puente estaba cubierto de gente: la multitud se perdía del lado allá del rio hácia San Pedro: toda la orilla derecha era espeso hormiguero. El paso del puente fué asunto grave: se empleó en él más de un cuarto de hora: los desgraciados que estaban á los lados, empujados por la gente del centro, en el temor de ser arrojados abajo, se agarraban desesperadamente al parapeto y daban gritos de espanto: dícese que ha habido algunas desgracias.

—¿Qué?—interrumpieron todos.

—¡Naturalmente! algunos asfixiados. Poco á poco se llegó allá. Todas las calles que conducían á la plaza, rebosaban gente. Cuando estuvimos en la embocadura de una de las dos calles que van derechas hácia la Basílica, se oyó de pronto gran ruido sordo, profundo, como el de borrascoso océano, que ora parecía lejano, ora cerca, y que venía ondeante hácia nosotros. Era la multitud apiñada ya en la plaza de San Pedro. El inmenso gentío empujó hácia adelante con más ím-